

## XVII.

Enrique II y el hotel de Nesle.—Francisco II.—María Stuart en el hotel de Nesle.—Conjuración d'Amboise.—Conciliábulo en el hotel de Nesle.—El hotel de Nesle en tiempo de Carlos IX.

Las ordenanzas de Enrique II respecto al hotel de Nesle, prueban que los proyectos y las opiniones de ese monarca, así como las de sus antecesores y sucesores, iban un tanto cuanto á merced del viento, pues el punto esencial de apoyo les faltaba. Así, pues, hemos visto á ese monarca, ordenando en 1550 el establecimiento de fraguas en el hotel de Nesle, para la fabricación de monedas de dos centavos seis dineros.

Las fraguas se establecieron; pero sea por la falta de material ó de otra cosa, para nada sirvieron, pues por una nueva orden dada en Enero de 1552, el mismo Enrique II mandaba que el hotel de Nesle y sus dependencias, fuesen vendidas en pública subasta, por lotes, porciones y sitios.

Tal fué la última orden de ese monarca, en los momentos en que emprendemos esta historia. Va, pues, á desaparecer el hotel de Nesle? Oh! poco á poco! Los reyes dan órdenes; pero Dios es el que dispone, y en su augusto tribunal el decreto contra el hotel y la torre de Nesle, no se había pronunciado aún: en consecuencia ambas quedaron en pie no solamente en el reinado de Enrique II; pero aún en el de Francisco II su sucesor, que había casado con la célebre María Stuart.

Muy célebre en efecto, porque sus desgracias, no han podido borrar sus crímenes.

No seguiremos á esta sirena real en Escocia, no recordaremos su adiós á la Francia, su nueva patria.

—Adiós dulcísimo país de Francia...!

Nada diremos del asesinato de su segundo esposo, ni de su casamiento con el asesino: no, todo eso está fuera del círculo que queremos trazar; pero lo que en él entra perfectamente bien es, el papel que esta bella reina tuvo en la conjuración d'Amboise, papel del cual una parte se ejecutó en el hotel de Nesle.

Esto nos obliga á entrar de nuevo y resueltamente en la historia de Francia, de la cual, la del hotel y de la torre de Nesle es un fragmento.

La Francia, en tiempo de Enrique II, había reconquistado á Calais; pero esta conquista no era mas que una débil recompensa á los males de toda especie que afligían el país. La deuda, que ascendía entonces á 45 millones, aumentaba anualmente 2 millones y medio cada año, sin que fuese posible el proveer aún á donde iría á parar.

Como Francisco II no tenía mas que diez y seis años cuando sucedió á Enrique II su padre, era poco capaz para mejorar la situación. En el reinado de este débil príncipe, los Guisas fueron los amos del gobierno. Creyeron afianzar su poder mostrándose implacables para con los calvinistas.

Una cámara del parlamento tuvo especialmente el encargo de juzgar á los heréticos, y fué tanto el fanatismo que puso en juego para la ejecución de sus prisiones, que le valió el que se le designase con el sobrenombre de la *Cámara ardiente*.

Una de las primeras víctimas de esta institución, fué el consejero Ana Dubourg, que había sido puesto en prisión hácia el fin del reinado precedente: condenado á muerte, sufrió su pena con tanto valor y resignación, que de lo alto del patíbulo proclamó que moría, *por el Evangelio de Dios*.

Los calvinistas y los luteranos á quienes se les denominaba entonces con el nombre de *hugonotes*, conociendo que nada tenían que esperar con su sumisión á las leyes, formaron una vasta conspiración, de la cual hicieron jefe á un gentil hombre llamado Remaudié, y á la cual designaron con el nombre de *Conjuración d'Amboise*. El objeto que se proponían los conjurados era la destrucción de los Guisas, que tenían un poder excesivo. Se proponían sacarlos de la corte que estaba entonces en Amboise, reducirlos á la impotencia, ya fuese por el asesinato ó por la secuestación, y poner las riendas del Estado en manos del príncipe de Condé.

En esta época, María Stuart tenía por amante á uno de sus primos en cuarto ó quinto grado, que se llamaba Roberto Stuart, y el cual era uno de los mas exaltados conjurados, pues la reina María Stuart á pesar de ser tan católica como lo era, ó como lo aparentaba, favorecía tanto cuanto le era dable, á los reformistas, no por odio á la religión que profesaba, sino por aborrecimiento á los Guisas, que quitaban al rey su esposo todo el poder que ella hubiera querido ejercer.

En atención al parentesco que unía á Roberto Stuart con la reina de Francia, se le había dado por domicilio el Gran Nesle, del cual él no ocupaba mas que una parte pequeña; los señores que son bastante ricos y poderosos para habitar tales mansiones, se vuelven por lo regular cada vez mas raros.

Roberto Stuart, en su calidad de jefe de un partido, y uno de los jefes mas exaltados, como lo hemos ya dicho, había ántes de todo, procurado asegurarse

de un lugar conveniente para los conciliábulos indispensables en tales casos, y bien escaminado el asunto, había pensado que ninguno era mas solitario, mas á propósito, mas fácil de vigilar, y en consecuencia mas seguro que esa torre de Nesle, la que, segun la espresion de M. Dumas, al verla solitaria sobre la ribera, parece que llora sus faltas.

Fué, pues, allí donde él reunió á sus amigos y partidarios la Renaudie, de Soucelles, de Saint-Agnan, y una multitud de otros á los que, ecsaltado como se hallaba por su bella y real querida, encontraba demasiado tibios. Presa, pues, de una especie de fiebre de amor y de guerra, el jóven caballero (aún no tenia veinticinco años) se consumia en cóleras impotentes. Algunas veces, haciendo esfuerzos prodigiosos para contener su ardor, concluia por ver con desesperacion la imposibilidad de llegar á los fines que se proponia por los medios rutineros que los conjurados empleaban.

Se affigia, pero á menudo, una hora ó dos despues de la caída del sol, una barca deslizándose de la ribera derecha á la ribera izquierda á la altura del Louvre, llevaba una graciosa y divina muger á la torre de Nesle.

Era María Stuart que iba á tomar allí un baño de amor, y á asegurar mas la fé de su querido primo Roberto.

—María!—esclamó un dia Roberto en una de sus entrevistas,—creo que estamos haciendo un camino falso.

—Oh! Roberto, qué palabras tan feas sobre tan bonitos lábios!

—Odias á los hugonotes?

—Es verdad.

—Tú quieres su esterminio?

—Sí.

—En eso somos á pesar nuestro, partidarios de los Guisas que no quieren otra cosa.

—Niño! los Guisas quieren esterminar los reformados en su provecho.

—Es verdad.

—Nosotros queremos hacerlo para el nuestro.....Lo harás tú así, Roberto?

—Oh! mi muy amada reina, lo haré con y contra el diablo, y si es posible lo haré aun contra Dios mismo!

—Amigo, no blasfemes: me es bastante con tu buen deseo.....Escucha, muerte á los reformados! pero ante todo, muerte á los Guisas!

—Y ellos morirán, María!

Y Roberto Stuart no era de aquellos que servian á sus amigos solo de palabra: era un hombre de accion por escelencia, perfectamente dispuesto á hacer frente con su persona á las mas espantosas eventualidades.

Lo que ahora vamos á relatar es horrible; pero desgraciadamente es cierto, pues el espíritu de partido, que no reconoce límites ni se para en nada, es capaz de conducir al mundo entero á su combustion ó su ruina.

Era una lúgubre tarde.

Los conjurados reunidos por Roberto Stuart en la torre de Nesle, parecian mas sombríos que de costumbre. De improviso Roberto, que presidia como siempre el conciliábulo, exclamó:

—No hay modo de concluir, si no damos un golpe decisivo: y miéntras mas tardemos en hacerlo mas nos debilitaremos. Las prisiones están ya llenas de hermanos nuestros: nuestros mas intrépidos compañeros se hallan encerrados en los calabozos de Vincennes, y la misma suerte nos está reservada, si lo diferimos por mas tiempo.

Y á este fin, el honrado gentil-hombre, el primo de la reina de Francia, propuso simplemente el dar fuego á Paris por sus cuatro costados, ampararse de los Guisas á favor del tumulto, y ahorcarlos sin mas forma de proceso. La posicion no fué adoptada; pero dió nacimiento á la conjuracion d'Amboise.

La corte y los Guisas estaban en Blois, y se decidió que los calvinistas irian á esa ciudad en número de dos mil, por caminos distintos: que se apoderarian de los Guisas, y se suplicaria al rey *muy humildemente, con la espada empuñada*, que fué mas benevolente con los reformados. (1)

Aun cuando los conjurados eran muchos, el secreto fué bien guardado hasta la vispera del dia fijado para la ejecucion; pero entónces un abogado llamado d'Avenelles, amigo de la Renaudie, gefe aparente de la empresa, descubrió todo al duque de Guisa. Este toma en el acto sus medidas: por consejo suyo, el rey y la corte se encierran en el castillo d'Amboise.

En esos instantes, los conjurados que llegaban de todas partes al lugar de la cita, son asesinados sin piedad, otros detenidos en sus casas son entregados al verdugo, colgados de las murallas d'Amboise, ó ahogados en el Loire.

Así perecieron mas de mil doscientos.

Roberto Stuart, sin embargo, escapa de esta catástrofe: hé aquí como.

Una tarde, despues de la última reunion habida para concluir de arreglar todos los detalles de la empresa, el audaz conspirador que quedó solo en la torre de Nesle, estaba pensativo cerca de una de las ventanas, cuando de repente vió al lado opuesto del rio una luz muy viva: era la de una lámpara que acababa de ser puesta muy cerca de una de las vidrieras de la cámara de la reina.

—Estoy á vuestras órdenes, bella prima,—esclamo.

Y bajando rápidamente, saltó á una barca que le esperaba, la cual, despues de un corto momento, le llevó á la orilla del rio.

Aquella lámpara puesta cerca de las vidrieras, era la señal que le anunciaba el feliz instante en que podia ir cerca de su bella querida, porque Maria, prestando una indisposicion á fin de no acompañarse del rey, había quedado en Paris, donde hacia uso estensamente de la libertad que le daba la ausencia de casi toda la corte.

(1) Véase la historia del castillo de Vincennes.—Paris. Boisgard, editor.

Bien presto Roberto se halló á su lado. La encontró triste é inquieta.

El motivo de ello era, que á aquella bella reina de solo diez y ocho años de edad entónces, á aquella tierna esposa que engañó tan bien á su primer marido para despues hacer asesinar al segundo, á aquella tan dulce y casta princesa, le habian dado escrúpulos religiosos.

Ella queria siempre perder á los Guisas, y hacer quemar á Paris, como su amado primo lo habia propuesto; pero la idea de hacer así un servicio á los heréticos, la asustaba, á pesar de que su amante era uno de sus gefes mas ardientes. Esto era sin duda una estraña contradiccion; pero, ¿no se ha dicho que el corazon de la muger es una reunion de contradicciones?

—Qué es lo que ha sucedido, mi divina María?—preguntó el jóven, llevando á sus lábios una de las manos de la reina.

—Nada de nuevo, amigo.

—Y sin embargo, esos bellos ojos aún están húmedos de lágrimas.

—Es que pensaba en vos, Roberto.

—Soy yo, pues, para mi reina tan bella, el objeto que aflige sus pensamientos?

—No por el presente; pero el futuro..... Roberto mio, tengo miedo al infierno.

—Oh mi muy amada María! ese es un pais muy lejano, para que podamos hablar sábiamente de él: mejor es ni aun pensar en ello.

—Imposible, amigo: esta idea importuna se me presenta sin cesar, y tengo el corazon destrozado al pensar que mi Roberto, mi muy amado Roberto, será condenado.

—María, qué me importa lo que ha de suceder, cuando gusto á tu lado de todas las delicias del cielo?

—Oh! no hables así, criatura!

—Será, pues, que mi amada y bella María quiere emprender mi conversion?

—Ah! Roberto mio, cuán feliz seria si te viese católico!

—María, mi bien amado, no hablemos de eso,

—Es para hablarte de ello que te he llamado.

—María, puedes hacerme morir de desesperacion: para ello, será bastante con quitarme tu amor; puedes disponer de mí á tu gusto, pedirme hasta la última gota de mi sangre; pero te lo pido por lo mas sagrado para tí, no me pidas el que traicione á mi fé, á mis hermanos, porque esa es la única cosa que no puedo sacrificar.

—Ingrato! no te he sacrificado yo nada?

—María, reina mia querida....

—Hablas de tu vida! no te he hecho el sacrificio de la mia? Al darte mi corazon, no he dado acaso un primer paso hácia la muerte?

—Alma querida, por el nombre de Dios no insistas mas.

—Ingrato!

—Ingrato yo!....yo que te amo con todo el poder de mi alma!

Roberto cayó de rodillas; lágrimas ardientes rodaban por su rostro. María Stuart le levantó y le hizo sentar á su lado.

—Veamos, amigo,—le dijo dejando aquel tono solemne que habia tenido,—hablemos de cosas de este mundo, una vez que así lo quierdes. Nos hemos lanzado tal vez en una muy peligrosa empresa.

—El peligro no será para mi bella reina.

—Tal vez es mayor para mí que para otros, lo que no impide que quiera arrojarme; pero al ménos es preciso que el buen éxito sea para nuestro provecho.

—Reina mia, al caer los Guisas, quiero hacerte enteramente poderosa.

—Oh! amigo mio, creis, pues, por un lado que la reina nuestra madrastra es nadie, y por otra que Condé, rey de Navarra y otros tantos heréticos que hay influentes, al caer los Guisas, no querrán ocupar su lugar?

—Nosotros serémos mas fuertes que ellos, mi divina reina.

—Nos será, pues, preciso luchar contra los hugonotes, despues de haber militado bajo sus banderas?

—Puede ser; pero entónces los negocios de religion no serán nada.

—Mas valia que ahora no lo fueran. Es acaso necesario un ejército para hacer caer dos cabezas?

La tímida princesa, bien se deja ver, tenia ya propension por las expediciones heróicas: solo necesitaba dos cabezas; pero queria obtenerlas lo ménos caro que le fuese posible.

—María,—respondió tristemente Roberto,—hacer que el movimiento no dé algunas ventajas á mis hermanos, seria traicionarlos.

—Y el hacerlos poderosos en mi contra no es traicionarme?

—En tu contra, mi muy amada reina? ninguno de ellos lo hará sin encontrarme á su frente.

—Así, pues, Roberto, nada quierdes cambiar respecto al objeto y al modo?

—Y aún cuando yo lo quisiera, eso me seria imposible: las cosas están ya muy avanzadas, nuestros hombres están ya en camino, y aun yo mismo debo de partir mañana.

—Oh! el tunante nada me concede!

—María, yo te lo suplico, perdóname.

—Yo soy la que necesito el perdon de Dios.

—Oh! tú serás poderosa, mi bella reina, porque yo lo quiero, yo lo quiero!

—Y entónces, el poderoso serás tú, amigo mio.

—Y me amarás siempre!

—Siempre.

Así concluyó la discusion.

Dos horas despues, Roberto salia del Louvre y se dirigia hácia el lugar don-

de su barca debía esperarle cuando de repente fué acometido por cuatro caballos que al galope llegaban de dos puntos opuestos.

Desenvainó su espada, mas ántes de que pudiese hacer uso de ella, cuatro brazos vigorosos le asieron por el cuerpo; tendido en el suelo y desarmado, le pusieron una mordaza, y amarrado sobre un caballo en medio de los cuatro caballeros, que en el acto montaron los suyos, á todo galope le condujeron al arabal de San Antonio.

Al aproximarse á él, la puerta de San Antonio se abrió y entónces Roberto conoció que estaba en poder de la autoridad.

En efecto, una hora despues, era conducido á uno de los calabozos de Vincennes, donde despues de haber vuelto al uso de sus miembros y de la palabra le arrojaron á un cuarto casi desnudo.

Esta version respecto al arresto de Roberto Stuart no es igual á la adoptada por algunos otros historiadores; pero es la mas verosímil, si se admite que María Stuart, esposa de Francisco II, tuvo parte en la conjuracion de Amboise, y segun los documentos que hemos compulsado, el hecho es casi incontestable. Parecerá aún, que Maria, espantada de los peligros á que iba á esponerse su amante quiso garantizarlo á su pesar, y que Roberto fué arrastrado por orden de su bella amante, de cuyos brazos acababa de salir.

Sin duda ella habia ya previsto el modo de devolverle la libertad, cuando el peligro hubiese pasado; pero los sucesos tomaron un camino distinto al que habia previsto, como lo hemos visto ya, y aunque el audaz conjurado consiguió romper sus cadenas, fué sin su asistencia.

Ya hemos contado ántes este episodio el cual hubiese concluido con la ejecucion del príncipe de Condé, si la muerte inesperada de Francisco II no le hubiese arrebatado al suplicio que estaba condenado.

Ya hemos dicho que la orden dada por Enrique II para vender el hotel de Nesle no habia sido ejecutada. Dicha orden la renovó Carlos IX en 1570.

Carlos necesitaba dinero para el pago de los suizos que queria licenciar y que rehusaron el volverse á sus casas con las bolsas vacías. Esta vez, no era aquello de *no hay dinero, no hay suizos*, al contrario: *dinero, ó suizos*, y dinero en los cofres del estado solo lo habia por escepcion, pues hacia algunos siglos que su estado normal era el estar vacíos.

Carlos IX habia visto en el hotel de Nesle un modo de hacerse de recursos; pero no habia contado para ello con sus dependencias, y sobre todo sin Ludovico Gonzaga, duque de Nevers, que ocupaba la mayor parte del hotel y que encontrándose allí muy bien, pensaba quedarse, y sin Henriqueta de Clèves, esposa de Gonzaga, duquesa de Nevers, quien, habiéndose enamorado de aquella vieja torre de Nesle, habia hecho recomponer el interior de ella y recibia sus amantes con mucho ménos misterio del que en otro tiempo habia empleado en sus amores Isabel de Baviera: tampoco habia contado con su hermana Margarita, futura esposa del rey de Navarra, y á la cual han llamado la reina Margot, y la

cual era amiga íntima de la duquesa de Nevers, que habia puesto á su disposicion una parte de la torre y de la cual Margarita hacia el mismo uso que ella: en fin, no contaba el monarca con los amantes de esas dos princesas, y esto no era una parte pequeña, porque eran muy numerosos, jóvenes, fuertes y muy enamorados.

Al ordenar, pues, el rey la venta del hotel de Nesle provocó una multitud de quejas y reclamos: aún Catarina de Médicis tomó una parte en ellos, é hizo un llamamiento al corazon del rey su hijo, haciéndole presente que era preciso consentir algunas extravagancias ó caprichos de aquella querida Margot, que en cambio poseía tantas buenas cualidades.

—Y bien!—dijo Carlos con impaciencia:—no tiene acaso nuestra querida hermana un lugar en el Louvre, en nuestros otros castillos y en aquellos que le pertenecen?

—No hay castillo ni palacio, que ella no esté lista á dar en cambio de un lugar en ese reducto, y vos debeisle estar agradecido por el respeto que tiene á vuestra real habitacion.

La palabra fué bastante viva y el rey no era nada tierno. Así, pues, Carlos resistió á todos los reclamos, á todas las súplicas: el duque de Nevers tuvo el mismo mal écsito que los demas y el edicto fué mantenido. Pero no era bastante mantenerlo, era preciso ejecutarlo, y esto, como se va á ver, era infinitamente mas difícil.

Despues de haber suplicado vanamente la duquesa de Nevers y la princesa Margarita, resolvieron resistir: en la misma torre de Nesle convocaron un consejo, es decir, que las dos princesas y el amante preferido de cada una de ellas, se reunieron una tarde.

Esta reunion se hacia con frecuencia; pero en esta vez, el objeto de ella era tanto de amor como de guerra, era para formar un plan de defensa.

Henriqueta de Clèves espuso, pues, todas las ventajas de la posicion: no se podia estar en ninguna otra parte mas aislados y en mayor seguridad: de allí sin caballos ni literas, sin dejar huellas en el piso, sin esponerse á las miradas de los pasantes indiscretos, podia uno dirigirse á todos los puntos de Paris.

Solo se estaba á algunos pasos del Louvre, y desde ambas orillas, las princesas tenian correspondencia por medio de señales, lo que era imposible hacer en otra parte: además, en aquel lugar parecia que aun el aire que se respiraba estaba impregnado de amor, que allí se amaba mas que en otra parte, y que las sensaciones del amor eran mayores.

Margarita, al enumerar todas estas ventajas que apreciaba tanto como la duquesa, se animaba, y decia que el rey su hermano era un bárbaro que se complacia en dar tortura á sus corazones, lo cual le llevaria la desgracia.

Coconas, amante de la duquesa de Nevers, y Lamole, amante de Margarita, fueron de la misma opinion de las princesas.

Ellos eran dos gentil-hombres sin fortuna; pero que tenían todo lo que era necesario entónces para ser bien recibidos en la corte. Ambos eran jóvenes, bellos, bravos, poco escrupulosos, y muy dispuestos á romper sin piedad cualesquiera obstáculo que se les opusiese.

Lamole era el favorito del duque de Alençon, hermano del rey, y con esta calidad, se hallaba mezclado en todas las intrigas de la corte, lo que era una ventaja y un peligro á la vez: una ventaja, porque así estaba en situación de hacer pagar caros los servicios: un peligro, porque el duque d'Alençon, al cual estaba dedicado, era un príncipe que á una ambicion desordenada unia la cobardía y la perfidia mas insigne: temblaba como un niño delante de su madre Catarina de Médicis, y hubiera dejado degollar á todos sus amigos ántes que atreverse á decir una palabra en su favor; de esto Lamole debia tener mas tarde una trágica esperiencia.

Coconas, hijo segundo de una familia gascona, era un gascon en toda la acepcion de la palabra: ménos elegante que su amigo, solo debia la representacion que tenia, *al amor*,—nos abstenemos de una palabra ménos honesta—al amor de la duquesa de Nevers; pero para crearse otros recursos, solo esperaba una oportunidad, bien resuelto á asirse de ella de cualesquiera modo, con tal que le dejase las manos llenas. Despues de que habló la princesa Margarita, tomó la palabra.

—El rey Carlos IX, nuestro señor,—dijo,—no cabe duda que hace una gran injusticia; pero hay un medio de satisfacerlo sin abandonar una pulgada de terreno.

—Y lo habeis encontrado?—preguntó Henriqueta de Clèves.

—Aprisa, aprisa, decidnos cual es ese medio, Coconas!—esclamó la impetuosa Margarita.

—Quiere vender el rey el hotel de Nesle?.....

—Lo quiere y no lo demorará, yo lo conozco.... Pero decid cual es ese medio, maldito!

—Pues bien! una vez que quiere venderlo,—respondió el gascon con la mayor sangre fria,—es necesario comprárselo.

Esto produjo una explosion de indignacion.

—Caballero,—esclamó la duquesa,—os burlais de nuestra aficcion, y eso es indigno de un gentil-hombre!

—Coconas, ten cuidado,—dijo Lamole:—mira que vas á obligarme á recordar aquel golpe de espada que supiste remunerarme el dia que nos conocimos, y el cual, algunas veces, me viene laidea de devolverte.

—Espícate al momento,—dijo la reina Margot, ó te arranco los ojos. El hotel de Nesle vale mas de 200.000 libras, y tú bien sabes que al presente no tenemos una suma igual á nuestra disposicion.

—Vaya, vaya!—replicó Coconas sin la menor emocion,—aquí teneis un ruido terrible por una palabra que yo no he dicho!

—Tú has dicho: *Es necesario comprárselo*.

—Es verdad que sí; pero no he dicho que fuese preciso pagárselo. Se va á poner el hotel en venta, pues bien: yo, Coconas, me pongo en nombre de unos compradores: ofrecen un precio, ofrezco otro mayor, y así, pujo, pujo y adelante, hasta que no quede ningun concurrente que haga oferta. El hotel se me adjudica, es mio, nadie puede decir lo contrario. En cuanto al pago, eso es un pequeño negocio por arreglar entre yo y el contador general de hacienda.

—Pero el rey quiere dinero!—dijo la duquesa, dando con su pequeño pié en el pavimento.

—Dios mio! yo no digo lo contrario: el rey quiere dinero; pero no es á Coconas á quien lo pedirá: él bien sabe que los dominios de mi padre no están á mi disposicion.

—Y aun cuando lo estuviesen,—dijo Lamole riendo,—el crédito no valdria por eso mas.

—Vais á decirme,—continuó el gascon sin la menor emocion,—que el rey se dirigirá al contador general, y que éste me pedirá el pago sin dilacion..... muy bien! es su derecho, le es perfectamente permitido el hacerlo, con tal que sea en buenos términos; pero por mi lado, tengo tambien el derecho de pedirle me espere, y de buscar cualesquiera otro medio para satisfacer al rey Carlos IX, nuestro muy honorable señor.

—Y entónces,—dijo la duquesa,—él se dirigirá á la justicia!

—La justicia, vaya! no osará amenazar á un Coconas con la justicia! No, no lo hará porque á la primera palabra, le diré que la justicia para un gentil-hombre está en la vaina de su espada, y que mi justicia está dispuesta á medirse con la suya.

Coconas era capaz de sostener la thesis por dos horas en ese tono, y cosa aún mas extraordinaria, era capaz de hacer lo que decia.

En aquella época en que las finanzas del Estado eran administradas por hombres ávidos que tenían que temer tanto la luz, y que compraban á buen dinero contante la amistad de los favoritos del monarca, no le era preciso al gentil-hombre gascon en la situación que se hallaba, de una muy grande audacia para poner en práctica el medio que se habia imaginado: sin embargo, como el écsito era dudoso, se buscó otro espediente, y despues de una larga conferencia, se resolvió hacer una intimacion, pero de un modo distinto al indicado por Coconas.

Desde el dia inmediato, la duquesa de Nevers se quejó amargamente al duque su esposo de la injusticia del rey, y sobre esto le hizo una gran querella pretendiendo que Carlos IX no hubiera osado quitarle la posesion si él se hubiese mostrado con mas firmeza.

—No hay en toda la corte mas que una voz,—decia ella,—que hable en favor de este punto. Ah! los señores franceses han degenerado mucho!

—Querriais, señora, que hiciese yo la guerra al rey?